

LA PARTICIPACIÓN CIUDADANA: POSIBILIDADES Y RETOS

Luis Aranguren Gonzalo

El presente documento fue publicado originalmente en la *agencia para el voluntariado y las asociaciones de Bizkaia*, <http://www.bolunta.org>, en abril de 2004 y ha sido extraído de su catálogo de publicaciones, del enlace: <http://www.bolunta.org/publicaciones/artaranguren.doc>. El autor, Luis Aranguren Gonzalo, nos ha autorizado amablemente a publicarlo en este medio.

* * *

Introducción: de qué estamos hablando

Desde distintos sectores de la vida social se viene hablando con profusión de la necesidad de participación de la ciudadanía. Esta participación la entendemos:

- en un *sentido amplio*, como el modo en que las personas de una comunidad toman parte en los asuntos públicos, porque de algún modo se ven afectados e implicados. Este vínculo participativo a menudo no es estable, sino que proviene de determinadas reacciones de la comunidad ante acontecimientos que les afectan. Los sucesos del pasado 11 de marzo en Madrid dan buena cuenta de ello. La participación en ese día y en los siguientes fue una muestra de reacción humana, humanitaria y humanizadora por acompañar, dignificar y enjugar el dolor de un pueblo. Las velas encendidas en Atocha, el Pozo y Santa Eugenia

continúan expresando y revelando un modo de participación que no quiere olvidar, que hace memoria. Al tiempo, esa participación se extendió tres días más tarde en la cita electoral castigando al poder político que encubre la verdad.

- En un *sentido más restringido*, la participación ciudadana se entiende como el modo en que los ciudadanos toman parte en la definición, elaboración y ejecución de las políticas públicas, más allá de las formas de participación vinculadas a los procesos electorales. Los procesos de desarrollo comunitario locales, que en este país, han caminado de la mano de personas como Marco Marchioni o Rodríguez Villasante, constituyen hoy experiencias pasadas y presentes, referencia para muchos barrios y ciudades.

De estas dos consideraciones se desprende alguna consecuencia no menos importante: la participación ciudadana se desarrolla tanto en espacios globales e internacionales como en los espacios locales del barrio, pueblo o comarca. Pues bien:

- Cuanto más globales son los espacios de participación, más claramente se trata de una iniciativa de la sociedad civil organizada, con fuertes dosis de movimiento social político, con pretensiones de formular alternativas económicas y políticas, y con una opción estratégica normalmente de confrontación con los poderes establecidos. Ejemplo de ello es el Foro Social Mundial o las coordinadoras del tipo Vía Campesina, o las ONG que adquieren una fuerte presencia de lobby político, como es el caso de Greenpeace o Amnistía Internacional
- Cuanto más locales son los espacios de participación, más difusas quedan las fronteras de la iniciativa en el impulso participativo, más apoyo institucional reciben desde determinadas Administraciones Públicas y más se engloba esa participación en el mismo diseño de las políticas públicas desde la coordinación entre asociaciones locales, técnicos de servicios públicos locales y dirigentes de las administraciones públicas correspondientes.

1.- Contexto-condiciones que reformulan la participación ciudadana

1.1.- En el corto plazo

En la *Fábula de los tres hermanos*, de Silvio Rodríguez, se nos muestran dos actitudes básicas del ser humano en muchas facetas de la vida: las visiones cortas, el corto plazo y las visiones anchas, el largo plazo. En lo referente a la participación nos encontramos también, repetidas, estas características.

*De tres hermanos el más grande se fue
por la vereda a descubrir y a fundar
y para nunca equivocarse o errar
iba despierto y bien atento
a cuanto iba a pasar,*

*De tanto en esta posición caminar
ya nunca el cuello se le enderezó
y anduvo esclavo ya de la precaución
y se hizo viejo queriendo ir lejos
con su corta visión.*

*Ojos que no miran
mas allá no ayuda al pie.*

La corta visión de la participación actual se nos muestra a través de las siguientes características:

- *Participación delegada.* La ciudadanía está acostumbrada a quejarse, a reivindicar, pero no a participar. De hecho, en un Informe de la Fundación Encuentro de comienzos de esta década se destacaba que la gente había “espabilado” y ya había incorporado a su haber la cultura de la queja; las asociaciones de consumidores han jugado un gran papel en esta nueva situación, pero eso ha tenido la contrapartida de crear la conciencia de que siempre son otros los que me representan, los que me defienden, los que hablan por mí. Delegamos para exigir, delegamos para no implicarnos del todo.

- *Participación escasa.* Son pocos los que participan mucho y muchos los que apenas participan en algo o nada. Importa tomar conciencia de que somos una gota de agua en un océano, y que eso tiene la importancia que tiene, ni más ni menos. Desde el punto de vista de la cultura participativa, en España apenas el 22% de los españoles dice estar asociado a algo, y sólo un 12% reconoce tener un papel realmente activo en la entidad a la que pertenece. En otras palabras, el 78% de españoles no entra en la dinámica de la participación activa. De tan escasa participación, la mayor parte de ella se la lleva la que se vincula a actividades culturales entendidas de modo amplio (artísticas, deportivas, literarias, científicas, costumbristas, etc.). Las asociaciones filantrópicas, donde se encuentran los movimientos de solidaridad, pese a su notable incremento durante la última década del siglo XX, se queda en un 4,5% respecto al total de asociaciones [1].

La musculatura moral participativa es preocupante. Existen muchas asociaciones, pero la gente no participa en sus asuntos más cercanos: el AMPA, la Asociación de vecinos, las reuniones de comunidades de vecinos, las juntas de distrito.

- *Participación no educada.* En el informe de la Fundación Encuentro sobre la sociedad civil en España, se señala el lastre de la larga dictadura política que padecimos y que “secuestró toda la vida pública, alejando así todas las preocupaciones colectivas de unos ciudadanos a los que se les pedía que se dedicaran a lo suyo, y el resultado no podía ser otro que la apatía, el desinterés y la desconfianza social, que en nada invitan a la cooperación o al simple intercambio o intercomunicación personal” [2]. Nos hemos sido educados en la cultura participativa.
- *Participación de servicios.* Vivimos un cierto auge de aumento de voluntarios y de ONG de voluntariado. Sin entrar en detalles, se trata en su mayor parte de una participación limitada a la labor asistencial que desarrolla un modelo de participación caracterizado por su atomización en parcelas delimitadas desde los servicios sociales que da lugar a un *asociacionismo de servicios* —en palabras

de García Inda [3], de perfil marcadamente socioasistencial, poblado de organizaciones y con escasa participación real y estable.

- *Participación para la intervención asistencialista.* Se parte normalmente de la mentalidad de que existen personas con problemas a las que hay que dar respuesta. A ellas se apunta un tipo intervención paliativa y asistencialista. A no pocos inmigrantes se les sigue entregando ropa y comida, cuando lo que en verdad necesitan es integrarse efectiva y cordialmente en el barrio, y donde la participación ciudadana debe hacer más esfuerzos de sensibilización en la calle y con los vecinos que labor de despacho de atención al cliente necesitado. No hay demandas colectivas públicas o tal vez late en el ambiente que no hay soluciones colectivas.
- *Participación de uno en uno.* El ejemplo del voluntariado es claro. Para muchos se trata de la expresión de un tipo de participación que nace no del interés hacia lo público, sino del interés hacia uno mismo, verificado en motivaciones bien expresivas o bien utilitaristas, que rompen la concepción de la acción colectiva. Este hecho va ligado al débil sentido del nosotros que estamos construyendo. En general, poseemos una concepción del *nosotros* excesivamente estrecha; tanto es así, que *lo nuestro* degenera en *lo mío*: mis asuntos, mi familia, mis aficiones, mi calle.
- *Participación virtual.* Lo virtual hoy más que nunca, gana a lo real. En asuntos de solidaridad, más que tramas organizadas y con presencia efectiva, contamos con una *sociedad civil virtual* compuesta por ciudadanos conmovidos, pero estáticos; portadores de tarjetas solidarias, pero importadores de consumismo ciego; fans de moda blandosolidaria, como súbito seguimiento al último precepto del mercado. Cosa aparte, por otro lado, es la incentivación de la participación en concursos vía móviles o correos electrónicos, todo ello bajo el imperativo del “deprisa, deprisa, que llegas tarde”. La aparición está por delante de la participación, la aceleración gana a la conciencia ciudadana. Tan solo queda, como excepción de la regla, la manifestación convocada el día anterior a las elecciones generales del pasado día 14 de marzo ante la sede del PP en

Madrid. La participación virtual en este caso sí que dio paso a una movilización real.

- *Participación desde la confusión público-privado.* Entre nosotros existe una vivencia de lo público como lo que corresponde al Estado, pero ante lo cual los ciudadanos nos *des-responsabilizamos*. Jugamos la doble carta de lo público entendido como lo que es de todos, en la certeza de que, al final, no es de nadie. Por otra parte, la participación se expresa en asuntos donde se cruza lo privado y lo público. Bauman hace notar en un artículo de *The Guardian* :

“Si hay algo que garantiza hoy que la gente saldrá a la calle son las murmuraciones acerca de la aparición de un pedófilo. La utilidad de estas protestas ha sido objeto de crecientes cuestionamientos. Lo que no nos hemos preguntado, sin embargo, es si esas protestas en realidad tienen algo que ver con los pedófilos” [4].

Personas que jamás han participado en la vida pública son los nuevos agitadores sociales que encuentran en casos particulares sin conformar la nueva causa de acción colectiva. “Hacer público todo aquello que despierte o pueda despertar curiosidad se ha transformado, en la actualidad, en el centro de la idea de *ser de interés público*. Lo público no es más que un conglomerado de preocupaciones y problemas privados” [5]. La suma de intereses particulares va dando como resultado la consecución de nuevos bienes comunes que responden al nombre de seguridad y orden. Pero se trata de una lógica perversa: “Cada quien está jugando a ganar el orden y la paz para que el otro no lo ataque, pero cada quien está jugando a lograr los mayores beneficios para él, dentro de este orden y de esta paz” [6].

De lo dicho hasta este momento:

- Constituimos, en fin, una ciudadanía débil y con escasa altura de miras. Apenas existe entidad suficiente para hablar en términos de sociedad civil organizada. Asistimos al declive de tramas relacionales y vecinales que han puesto nombre a la solidaridad primaria de este país durante muchos años. A

excepción de situaciones excepcionales como las vividas el 11 de marzo en Madrid, la participación ciudadana es débil, inestable y en todo caso se desliza hacia la defensa de los intereses privados, dejando de lado la perspectiva del bien común. Como apunta Enrique Arnanz, “existe un enorme desequilibrio entre el hiperdesarrollo económico, político, legislativo y mediático de nuestra sociedad y el infradesarrollo de la participación comunitaria en nuestra propia sociedad” [7]

1.2.- En el largo plazo

Retomemos el canto de Silvio Rodríguez:

*De tres hermanos el del medio se fue
por la vereda a descubrir y a fundar
y para nunca equivocarse o errar
iba despierto y bien atento
al horizonte igual.*

*Pero este chico listo no podía ver
la piedra, el hoyo que vencía a su pie
y revolcado siempre se la pasó
y se hizo viejo queriendo ir lejos
adonde no llegó.*

*Ojo que no mira
mas acá tampoco ve*

Mirando más lejos y a lo ancho, advertimos un contexto que condiciona en buena medida los procesos de participación ciudadana en este país:

- *El cambio de época.* Más que época de cambios acelerados, asegura Ramonet con acierto, vivimos un cambio de época de enorme calado. Cambio económico, político, geopolítico, espiritual, religioso, cultural. Nos encontramos en medio y en lo profundo de lo que Jaspers denominaba

tiempo-eje, un tiempo que va enterrando formas y estilos de vida y de organización social caducos, un tiempo que va anunciando a tientas nuevas formas de expresión, que posiblemente determinarán nuevas formas de organización. Con la caída de muro de Berlín terminó el siglo XX y con él la confrontación Este-Oeste, el protagonismo de partidos políticos y de sindicatos como modos exclusivos de representación política y laboral o la entronización de la democracia como la mejor de las fórmulas de organización política. Con los atentados del 11-S de 2001 comienza una nueva era, el triunfo de la globalización no sólo económica o tecnológica sino del terror. Esta globalización ha traído consigo formas de participación nuevas y de carácter global: el Foro Social Mundial comenzado en Porto Alegre es ejemplo de ello; la convocatoria planetaria contra la guerra en las principales ciudades del mundo el 14 de febrero de 2003 fue otra muestra, un auténtico plebiscito de condena de Occidente a una guerra sin sentido.

- *El cambio de concepción de Estado.* La nueva era trae consigo el alumbramiento de un nuevo modelo de Estado, tras enterrar definitivamente el Estado Providencia que protegía al ciudadano desde la cuna hasta la tumba. Esta concepción, además de ser inviable técnicamente a toda la población en todos los sectores, ha des-responsabilizado en exceso a la propia ciudadanía, produciéndose en este momento un ajuste en el terreno de la complementariedad entre las diferentes administraciones públicas y las organizaciones sociales.

El modelo de Estado se juega en dos terrenos básicos: en el terreno de la concepción plurinacional de Estado español, acertando en la búsqueda de todos los reconocimientos particulares y en el refrendo del conjunto de la ciudadanía. En este sentido habría que alertar contra toda convocatoria a patriotismos desfasados. La participación ciudadana habita en la tierra del mestizaje, de la riqueza intercultural, de la convivencia en paz entre personas y grupos diversos

Por otra parte, la concepción de Estado se juega, asimismo, en la configuración de un auténtico Estado Social, que garantice la protección de

los derechos sociales y económicos básicos, en especial de aquellos sectores más vulnerables de la población. La fórmula de gestión privada de servicios sociales en manos de ONG y del voluntariado sólo garantiza el abaratamiento de los costes. Lo que el Estado debe garantizar es la protección efectiva de esos derechos, y en ese caso no debe prostituirse el ejercicio de la participación ciudadana, a través por ejemplo del voluntariado, empleando a bajo coste personas con tan buena voluntad como escasa formación.

- *El cambio de solidaridad por seguridad.* Tras la década de los noventa denominada de auge solidario, de proliferación de ONG, de sensibilización ante todo tipo de desastres naturales, hemos pasado a otro estadio. Vivimos en la era de la supervivencia ante las amenazas exteriores, y ello significa dimensionar la participación en la defensa de esta seguridad que, paradójicamente, tiene en los poderes públicos a sus máximos aliados. La creación de un Ministerio de Seguridad es una suerte de concesión y reconocimiento de esta preocupación cívica.

Al grito de “unidos en la lucha, no nos moverán” se revierten cantos y consignas que nacieron en los años 60 desde la perspectiva de la lucha por la justicia y por la igualdad, desde la convicción de que un mundo sin utopía es, como dice Serrat, un lento y aburrido camino hacia la muerte. En efecto, ese canto fue el que adornó durante un año las manifestaciones de vecinos de un barrio de Bilbao en el que Cáritas puso en marcha un centro de noche para toxicómanos y personas sin hogar.

Tenemos muy introyectada la ideología de la seguridad. La cultura de la satisfacción en la que vivimos se da a sí misma elementos de supervivencia, y esa supervivencia pasa por crear un clima de alarma generalizada. Así lo vio Galeano al vislumbrar el cambio de siglo:

En un mundo que prefiere la seguridad a la justicia, hay cada vez más gente que aplaude el sacrificio de la justicia en los altares de la seguridad. En las calles de las ciudades se celebran las ceremonias.

Cada vez que un delincuente es acribillado, la sociedad siente alivio ante la enfermedad que la acosa. La muerte de cada malviviente surte efectos farmacéuticos sobre los bienvivientes [8].

El valor de la seguridad, finalmente, es el que ha vencido al de la solidaridad en el día a día, salvo días especiales (como el 11 de marzo en Madrid). La sociedad de riesgos ha instaurado la amenaza, la sospecha y el miedo como elementos nucleares de la convivencia cívica, de tal suerte que lo cívico es sospechar del otro, temerle y crear parapetos mentales y físicos que me separen de tales amenazas: los inmigrantes empobrecidos, especialmente si son árabes, los excluidos sociales. Riesgo va unido inexorablemente a amenaza, y por ello nunca se refiere a daños producidos sino a percepciones de aquello que puede ocurrir. Pero del sentirse amenazados a “criminalizar” a ciertos colectivos no hay más que un paso. La amenaza que el otro constituye para mí se torna en sospecha frente a los demás.

El riesgo se propaga como signo de la “irresponsabilidad organizada”, en tanto que son formas institucionales de disolución de responsabilidades que nadie termina de asumir. El riesgo se viste de una fina capa de vulnerabilidad social, ambiental, cultural que llega hasta las zonas sociales más desprotegidas.

Se trata de riesgos antropogénicos, es decir, no hablamos de desgracias naturales. Debajo del Prestige, del Huracán Mitch o del terremoto de Irán hay más que desgracias, pues existen responsabilidades concretas de tipo político, económico e histórico. La sociedad de riesgos, en general, es la creada tanto en el Sur como en los circuitos de exclusión de nuestro Primer Mundo. Se trata de riesgos no ya antropogénicos (concepto excesivamente universalista), sino *nortecéntricos*, afincados en la peculiar manera de entender el progreso y el desarrollo humano. Desde el poder globalizado se normaliza el mensaje de desconfianza y la ofensiva de privar poco a poco zonas de libertad que ya habíamos ganado y que ahora se encuentran en suspenso: La civilización del cow-boy nos hace vivir la película de buenos y malos, de víctimas y victimarios, de necesidad de orden y reclamo de un sheriff que “pacifique” el lugar.

Todo ello determina que actualmente vivamos instalados en la burbuja del miedo. En la dictadura española, Raimon cantaba aquello de que “a veces la paz no es más que miedo; miedo de ti y de mí; miedo de los hombres que no queremos la noche”. Antes huíamos de esa paz de cartón, porque nuestra mirada se dirigía al cambio real de personas y estructuras. Ahora, miramos no desde la falta de libertades sino desde las conquistas sociales obtenidas y desde la situación económica de bienestar alcanzada. Nuestra vara de medir ha cambiado.

En resumen:

Nos enfrentamos a una doble opción en nuestros modos de participación:

- Por una lado, podemos optar por una *participación por la supervivencia*. Pero no nos confundamos: la supervivencia para los pueblos del Sur tiene que ver con satisfacer las necesidades básicas de alimento, vestido, atención sanitaria, etc. Para el Norte rico, la participación para la supervivencia significa aliarse para defenderse del otro diferente y que representa una amenaza para caminar por la calle o para conservar mi nivel de vida. Este modo de participación tiene que ver con el mantenimiento del orden y de la seguridad. Plantea una clave de sentimiento de pertenencia tribal, con una fuerte dosis de identidad colectiva en clave defensiva y puritana: Ellos y nosotros, que al final termina siendo: ellos o nosotros.
- Por otro lado, podemos apuntar hacia una *participación para la convivencia*, que nace del convencimiento de que el bien común se instaure cuando hay un verdadero complot para que *el otro exista* (R. Petrella), para que todos sean saludados por su nombre, con independencia de su credo, de su nacionalidad, de su religión. La convivencia nace de la certeza de que la suma de pocos, orientados en un proyecto común y creativo, produce resultados que a la larga siempre son positivos.

2.- Nuevos cauces para una participación renovada

2.1.- La participación es una cuestión ética

Hablamos de ética no como modo de “hacer el bien” sino como modo de ser, como expresión del *ethos* que cada cual es, lo sepa o no. En este sentido, la participación ciudadana ha de estar atenta al manantial de donde extrae su energía constructiva. “Para que nazca un árbol en el desierto es necesario que en algún lugar exista un depósito de agua”, dice un refrán. Para que exista acción participativa y solidaria es preciso que antes buceemos en un depósito de solidaridad compartida en el que encontremos valores, pasiones y energías que nos ayuden en el camino. En este sentido, la participación ciudadana debe levantar la cabeza del inmediatismo que le asiste en tantas ocasiones y buscar el horizonte compartido de la *posibilidad real* [9] como modo de estar debidamente en la realidad.

El mundo no está acabado; está siendo, y nuestro modo de estar en el mundo es, necesariamente, transformándolo. Somos seres de transformación, esto es, descubridores de realidades preñadas de posibilidades, observadores de potencialidades en nosotros y en las personas con las que vivimos, trabajamos, gozamos o sufrimos. Hemos recibido una realidad social repleta de fisuras y grietas por las cuales destilan innumerables formas de inhumanidad y de injusticia; de nosotros depende ser capaces de forzar lo recibido, modificándolo e inventando nuevas realidades. Por eso, la participación debe moverse desde un nuevo imperativo categórico, no de naturaleza calculadora-racional, sino desde la razón que siente y se com-padece: *Obra de tal modo que extraigas de la realidad posibilidades inéditas de humanización.* [10]

La participación es un fin en sí mismo. Es una actitud y una actuación cargada de otros valores sociales que la determinan también como valor humanizador. No solo participamos para construir un barrio mejor, sino que el hecho de participar alienta una puesta en común de experiencias, habilidades, actitudes preactivas, generación de cultura de equipo, comunicación..., que en sí mismas ya gozan de un estatuto axiológico de envergadura. La participación es lugar de encuentro de vida buena y sociedad justa, las dos máximas aspiraciones éticas del ser humano. En este sentido, la participación es más que un recurso, más que una estrategia; es un carácter (*ethos*), una

riqueza que se expresa en la porción de valores compartidos. Por ello la participación es un indicador de *capital social*, esto es, el conjunto de valores compartidos producto del entramado de relaciones habilitadas por las personas y grupos en el acto de la participación.

Sin duda, la posibilidad de poner en marcha el capital se favorece desde organizaciones participativas y con una estructura de funcionamiento marcadamente horizontal. Siguiendo a Adela Cortina:

“Generan capital social aquel tipo de asociaciones que encarnan los valores de la ética cívica. Es decir, asociaciones que potencian la autonomía, igualdad y solidaridad entre sus miembros. Por tanto, son horizontales, fomentan el respeto mutuo entre sus miembros, resultan beneficiosas para el conjunto de la sociedad, generan una solidaridad que no se encierra en los límites de la sociedad, sino que se contagia al resto de la sociedad, constituyen un bien público porque crean hábitos de confianza y solidaridad” [11]

Por tanto, el capital social va más allá de los recursos y disposiciones personales y colectivos, para convertirse en un estilo y una práctica habitual; de esa forma se va generando desde los distintos y complementarios espacios de participación una verdadera ética cívica, creada desde el consenso en relación a aquellos valores que unos a otros nos exigimos para forjar una sociedad progresivamente más justa.

2.2.- La participación es una cuestión pre-política

Se participa para modificar la realidad del entorno y para encontrar espacios de recreación personal. La esfera de lo personal entra con fuerza en el escenario renovado de la participación ciudadana. Las políticas emancipatorias que buscan el reclamo de los grandes valores de la modernidad (libertad, igualdad, fraternidad) no gozan del aprecio que, por el contrario, tienen las demandas que buscan la autonomía individual y colectiva, la oposición a la manipulación, la dependencia, el control y la burocratización. La revolución silenciosa en las formas de participación pasa por la búsqueda del paradigma perdido de la calidad de vida, y qué entendamos por ello: unas

desde el feminismo, otros desde el ecologismo, otros desde el reconocimiento de nuevos modelos de familia, etc. Asistimos a una fuerte presencia de valores post-materialistas, que expresan un cambio cultural significativo.

De hecho, “la prioridad de los valores post-materialistas está produciendo que las instituciones presten atención a nuevos temas políticos que coinciden con las reivindicaciones de los nuevos movimientos sociales” [12]. La agenda política se vuelve hacia las reivindicaciones que tienen que ver con modelaciones concretas de estilos y enclaves de vida que buscan su legitimación social y legal.

El humus cultural de la participación pasa por una profunda transformación. Lo que está en juego en estos momentos, para buena parte del Occidente cansado, es la construcción o destrucción del sujeto. De hecho, para Touraine, la noción de sujeto va sustituyendo progresivamente a la moderna de ciudadanía: “hoy, nuestro ideal es liberar al sujeto personal de los imperativos impuestos por el poder económico y las nuevas tecnologías, por los cambios incesantes en la vida profesional o por el paro” [12]. En este nuevo contexto la participación no es tanto una acción externa que construyo sino, ante todo, una forma de construcción personal; los grandes relatos colectivos de otrora son sustituidos por los grandes y cotidianos relatos personales. Esta forma de participación va modelando la aparición de un nuevo espacio público: aquel que se caracteriza por poner el énfasis en la defensa de los derechos culturales.

Los nuevos espacios de participación para no pocas personas constituyen nuevos lugares antropológicos, esto es,

- lugares donde se encuentran reconocidos como personas y donde pueden ejercer la proximidad en un contexto de muchedumbre solitaria;
- lugares donde el tiempo se acomoda a la escala del ser humano, donde la prisa y la urgencia no son los valores prioritarios.
- lugares donde la persona puede construir su identidad personal sin diluirse en el activismo o en anonimato.

2.3.- La participación es una cuestión política

La participación ciudadana, incluso desde el ámbito pre-político, no renuncia a la incidencia política. No se puede renunciar a la generación de bienes públicos, donde lo público no quede reducido a lo administrado. Con indudable acierto Sebastián Mora expresa que “no sólo es el Estado, los ayuntamientos y demás órganos administrativos y lo que les rodea la esfera de lo público. No sólo la gestión pública es capaz de recreación del bien público. Estamos lejos de creernos el dicho hegeliano de que el Estado, y sus diferentes configuraciones, encarna la filantropía universal y la sociedad civil el egoísmo infinito. Tenemos suficientes ejemplos de filantropía de la sociedad civil (entre las cuales estaría el voluntariado) y de egoísmo estatal” [14].

Es preciso abrir espacios donde lo público pueda ser lugar de encuentro en el que sea posible la pluralidad, el acuerdo y la disidencia, sin que esto último socave las bases de diálogo; en una sociedad compleja, marcada por relevantes riesgos de carácter social, y donde los contornos de las políticas públicas en relación con las organizaciones cívicas caminan por alambres sumamente débiles, se ha de instaurar un tipo de debate de carácter permanente, abierto y de donde emerjan propuestas novedosas, imaginativas y audaces, sin que ellas menoscaben el necesario grado de responsabilidad que han de mantener y fortalecer cada una de las partes. No se nos oculta que en este momento asistimos a un cierto grado de debilitamiento de las estructuras de responsabilidad público-administrativa en materia de políticas sociales, que en paralelo apuestan por una mercantilización de la intervención social, a través de la entrada en el libre campo de juego tanto de diferentes modelos de empresas de servicios y de organizaciones de voluntariado. Se hace necesaria una estrategia mixta de lo público administrado y de lo privado-social, que no se disuelvan el uno en el otro, sino que se integren mutuamente en un proceso deliberador en el marco de un notable aumento de la complejidad de nuestra estructura social, económica y política.

Una de las propuestas que proviene en la actualidad, por parte de no pocas administraciones locales es la de los *presupuestos participativos*. Sin duda, esta iniciativa cuenta con un proceso previo en Porto Alegre que, sin duda es distinto al de cualquier ciudad del Estado español.

El Ayuntamiento de Getafe, ciudad en la que vivo, ha lanzado su consiguiente presupuesto participativo entendido como “un proceso de democracia directa, voluntaria universal, donde los vecinos/as pueden discutir y decidir sobre el presupuesto municipal. Permite la participación directa de la ciudadanía a fin de establecer prioridades presupuestarias en el municipio, y hacer seguimiento y control de los compromisos adquiridos”. Ahora bien, lo primero que se ha hecho es fijar un reglamento: cuantificar la representación, calibrar hasta qué tanto por ciento del presupuesto realmente se va a tener acceso. Ello indica, a mi juicio, que antes de hablar de los presupuestos hay que extenderse en los pre-supuestos para que esta fórmula diseñada desde la Administración pública sea realmente un ejemplo de participación y de incidencia política. Estoy con Fernando de la Riva que muy agudamente advierte que lo de los presupuestos participativos puede ser una nueva moda. Con ser una buena idea, se nos advierte, no es suficiente: “la ciudadanía es muy escéptica y está muy quemada de pasadas y fallidas experiencias en las que se la invitó a participar, a opinar, a implicarse... y luego recibió una sonora pedorreta en las mismas narices. Ahora no va a serle fácil arrancarla del televisor y de la basura rosa. Harán falta muchas campañas y, sobre todo, muchos buenos ejemplos por parte de las instituciones para convencerles de la sinceridad de sus intenciones” [15]. Corremos el riesgo de que nuestros Ayuntamientos generen una nueva moda, un elemento de marca, de carácter eminentemente cosmético.

Cuando a Frei Betto, asesor de Lula en Brasil, le preguntaron por el crecimiento del Partido de los Trabajadores (impulsor de los presupuesto participativos) y el triunfo electoral, respondió que ese triunfo venía precedido de los treinta años de educación popular impulsados por Paulo Freire, por los años de construcción de movimientos populares en los pueblos y en los barrios desde la participación de a poco y progresiva [16].

2.4.- La participación es una cuestión educativa

La participación ciudadana consiste, en último término, en la instauración de un proceso de trabajo compartido. Un proceso de toma de conciencia en el que diferentes actores sociales de un determinado territorio hacen frente a su realidad, determinan sus pautas de reivindicación y de mejora, encargándose de llevar a cabo cuantos proyectos concreten el proceso en marcha. Cuando el proceso es educativo el proyecto o los

proyectos particulares se ponen al servicio del proceso global y es el mismo proceso el que va apuntalando y evaluando cada proyecto y su significado.

Que la participación sea un hecho educativo significa varias cosas:

- Que no importa tanto si la iniciativa es de los vecinos, del municipio o de los técnicos de los servicios públicos, en el caso de un plan de desarrollo comunitario, por ejemplo. Importa instaurar el proceso y sumar voluntades e implicaciones reales.
- Que acentúa más los ámbitos de la prevención desde la responsabilidad anticipatorio y la actitud proactiva, y entiende que la primera prevención consiste en fortalecer los mecanismos de información y de sensibilización.
- Que la participación es gradual y progresiva. Habrá personas que se impliquen más y otras menos. La participación ciudadana no está marcada por la lógica de la militancia, en sus aspectos omniabarcantes, sino del compromiso posible, y ello significa que existen diversos niveles de implicación.
- Que la participación no está conducida por líderes sino por animadores y facilitadores del proceso en cuestión. La participación es educativa cuando quien anima, coordina y forma pasa a ser poco a poco prescindible.
- Que el sujeto de la participación es la misma comunidad, el mismo colectivo de personas implicadas que juntos deciden aprender a participar, a cooperar, a pensar, a expresar esos pensamientos, a trabajar en equipo.
- Que hay que partir de los activos de la propia comunidad, comenzando por el capital social que lo constituye: el grado de confianza mutua, los valores comunes, las relaciones establecidas, etc. Inventariar estos activos orienta más claramente el proceso en marcha, crea optimismo entre los implicados, se ven oportunidades para cambiar las cosas y motiva a la participación.

- Que tan importante como la reivindicación es la celebración. Los miembros del MST de Brasil cuando toman las tierras lo celebran y festejan. El pasado 28 de marzo, el pueblo de Parla (Madrid), convocado por su Ayuntamiento, salió a la calle bajo la lluvia a celebrar la aprobación de que por fin se va a construir un hospital en su municipio, reivindicación que el pueblo ha demandado durante muchos años.

La dimensión educativa de la participación se refleja en la forma de poner nombre al proceso en el que estamos trabajando. Proceso no es sinónimo de calendario donde se ubican actividades a lo largo en un determinado periodo de tiempo. Proceso significa poner nombre a los diferentes momentos que asisten al hecho de la participación. Entre otros pueden ser los siguientes

1. *Despertar*. Hay situaciones o acontecimientos que provocan la reacción constructiva de determinada gente: en el sector 3 de Getafe dos fueron los hechos: el pulular de los adolescentes del barrio hacia zona marginales y de autodestrucción y la instauración de casas de acogida para inmigrantes y refugiados políticos. El despertar tiene que ver más con una excusa que con una causa; pero todo es educable.
2. *Preguntarse y preguntar*. Significa la progresiva toma de conciencia analizando la realidad en todas sus vertientes, informándose, no quedándose anclados en los prejuicios, identificando las causas de los problemas y situaciones que detectamos.
3. *Búsqueda de alianzas*: en los procesos territoriales es importante caminar de la mano de otros grupos, asociaciones y colectivos. En sí misma, la participación ciudadana lleva el germen de la suma de esfuerzos, de visiones complementarias, de acciones en común.
4. *Identificación comunitaria*. En tiempos de identidades particulares cerradas y defensivas, la participación ciudadana es un modelo de identificación cosmopolita en la que gentes de diversos grupos y colectivos particulares se ponen al servicio de un bien común que no solo no pone en cuestión cada identidad particular sin que las fortalece.
5. *Reflexión desde la acción*. Importa dotarse de pensamiento vivo, elaborado desde la misma acción que se genera, desde la conciencia del proceso que se está

llevando a cabo. La participación no es una escuela de activismo sino un espacio de generación de tejido asociativo, de valores compartidos, de propuestas e mejora viables e inéditas. Ello requiere tiempos y espacios de reflexión y diálogo.

La dimensión educativa contempla el proceso como un todo que da sentido a una suerte de aprendizaje colectivo único en cada proceso, en la medida en que se realiza desde la acción y la reflexión colectiva que va señalando en cada momento el siguiente paso a dar, no desde el esquema de la linealidad sino desde la conciencia de una construcción colectiva donde acción-reflexión-acción son referentes del camino que se va haciendo.

Epílogo: La participación pendiente

Los expulsados, los excluidos, los explotados, los exhibidos

Los no explicados, los no explorados, los exprimidos

Los penetrados, los perseguidos, los postergados y los perdidos

Los pateados, prostituidos, los persignados y los prohibidos.

Algo dirán (Pedro Guerra)

En el ámbito de la participación ciudadana tenemos la asignatura pendiente de la participación de los colectivos excluidos: los sin: sin papeles, sin patria, sin trabajo, sin hogar, sin futuro. En este país no podemos olvidar que buena parte de la histórica participación ciudadana ha nacido de la conciencia comunitaria de no pocos barrios excluidos de las grandes ciudades: pensemos en el Sur de Madrid y los movimientos vecinales de Orcasitas, Vallecas o Carabanchel.

Durante los últimos 20 años se viene realizando un notable trabajo de intervención social entre los colectivos que viven en la exclusión social. En este contexto se acuñó el término promoción social como referencia indicativa de realización de un duro proceso de integración y normalización social. Y eso ha generado no pocas dificultades y en muchas latitudes escasos resultados. Existen experiencias de participación e integración entre excluidos e incluidos, como en el Rincón del Encuentro, de RAIS, en Madrid, donde personas sin y con hogar participan de las mismas actividades culturales. A la

promoción e integración de carácter eminentemente sectorial le falta la clave de la participación, sin la cual las dos anteriores quedan incompletas.

Si la participación ciudadana tiene una cualidad es su carácter inclusivo, y es desde los territorios concretos, en los barrios y en los pueblos, donde los inmigrantes sin papeles, los parados, o los chavales que viven en pisos de protección pueden y deben tomar la palabra, “su” palabra. Para ello no debe promoverse la participación exclusiva y unilateral de las personas y grupos excluidos sino una participación integradora, desde la clave de hospitalidad, donde el extraño es tratado como invitado, donde la acogida incondicional al otro excluido representa el primer paso para su participación efectiva desde su condición de persona dotada de eminente dignidad y respeto.

De esta forma la participación de incluidos y excluidos constituye el ejercicio práctico de la constitución de un sujeto histórico mestizo, proveniente de plurales tradiciones y protagonistas de una solidaridad que no tiene un solo propietario.

Y volvemos con el canto de Silvio Rodríguez.

*De tres hermanos el pequeño partió
por la vereda a descubrir y a fundar
y para nunca equivocarse o errar
una pupila llevaba arriba
y la otra en el andar.*

*Y caminó vereda adentro el que más
ojo en camino y ojo en lo porvenir
y cuando vino el tiempo de resumir
ya su mirada andaba extraviada
entre el estar y el ir.*

*Ojo puesto en todo
Ya ni sabe lo que ve*

El extravío de la participación radica tanto en la visión corta de acciones aisladas y reactivas como en las visiones excesivamente globales que tienen más de teoría de

acción política que de posibilidad real. La combinación de ambos elementos no es siempre la síntesis deseada: “ojo puesto en todo ya ni sabe lo que ve”, y el miedo a equivocarse y errar tampoco es buen consejero.

La clave de la participación ciudadana, por ello, no solo está en ponderar bien los plazos cortos y largos, sino trabajar desde la audacia de construir algo nuevo, y no desde el temor a equivocarse, haciendo de este acontecimiento no una aventura individual sino una construcción verdaderamente colectiva. La participación exige poner la mirada, precisamente en lo común, por poco que sea o nos parezca.

Digámoslo, para terminar, con las palabras del poeta de la tierra, Gabriel Celaya:

*A la calle, que ya es hora
de pasearnos a cuerpo
y mostrar que, pues vivimos,
anunciamos algo nuevo.*

Notas y referencias bibliográficas

[1]: Cfr. SUBIRATS, J. (ed.), *¿Existe una sociedad civil en España?*, Fundación Encuentro, Madrid, 1999, 52.

[2]: IBI., o. c., 28.

[3]: Cfr. GARCIA INDA, A., *La generalización del voluntariado, o la nueva militancia*, en MARTINEZ DE PISON, J. y GARCIA INDA, A. (coord.), *El voluntariado: regulación jurídica e institucionalización social*, Egido, Zaragoza, 1999, 114-115.

[4]: BAUMAN, Z., *En busca de la política*, FCE, México DF, 2002.

[5]: IBI., o. c., 73-74.

[6]: VILLORO, L., *De la libertad a la comunidad*, FCE, México DF, 2003, 46.

[7]: ARNANZ, E., *Coordinación y acción voluntaria*, en CUADENOS A FUEGO LENTO, No. 6, Plataforma para la promoción del voluntariado en España, Madrid, 2003, 12.

- [8]: GALEANO, E., *Patas arriba*, Siglo XXI, Madrid 1998, 81.
- [9]: Sobre la articulación del horizonte de la posibilidad real, Cfr. ARANGUREN GONZALO, L. A., *Cartografía del voluntariado*, PPC, Madrid, 2000, cap. I.
- [10]: Cfr. ARANGUREN GONZALO, L. A., *Ética en común*, PVE, Madrid, 2002, 55.
- [11]: CORTINA, A., *Alianza y contrato*, Trotta, Madrid, 2001, Madrid, 98.
- [12]: TEJERINA, B., *Los movimientos sociales y la acción colectiva. De la producción simbólica al cambio de valores*, en IBARRA, P. y TEJERINA, B., *Los movimientos sociales*, Trotta, Madrid, 1998, 125.
- [13]: TOURAINE, A., *A la búsqueda sí mismo*, Paidós, Barcelona, 2002, 31
- [14]: MORA, S., *Presencia pública del voluntariado*, Colección A FUEGO LENTO, No. 7, PPVE, Madrid, 2002, 15.
- [15]: DE LA RIVA, F., *Pre-supuestos participativos*, en www.crac.redasociativa.org, 15-12-2003.
- [16]: Cfr. IBID.

Resumen

La participación ciudadana en España ha experimentado en las últimas décadas un profundo proceso de cambio. La globalización y un estilo de vida individualista y pasivo han debilitado la sociedad civil, promoviendo una participación *light*. El autor realiza una tipología realista y crítica, y después nos muestra los caminos de una acción colectiva renovada, eficaz dentro de un mundo nuevo que se nos presenta con muchos retos y dificultades y en el que no podemos permanecer sin hacer nada.

Palabras clave

Participación, sociedad civil, acción colectiva, voluntariado, ciudadanía, globalización.

Abstract

The civil participation in Spain has experienced in the last decades a deep process of change. The globalization and an individualistic and passive way of life have debilitated the civil society, promoting a light participation. The author realizes a realistic and critical typology, and later he shows us the ways of a collective action renewed, effective inside a new world that us one presents with many challenges and difficulties and in which we cannot remain without doing anything.

Key words

Participation, civil society, collective action, voluntary work, citizenship, globalization.